





El Buscón de Vierge



Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2019

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

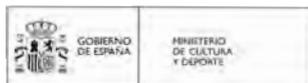
© Reino de Cordelia, S.L.

Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© Versión modernizada, edición y notas de Arturo Echavarren, 2019

Ilustraciones de Daniel Urrabieta Vierge, 1892



LEER =
+ ♥ ♥ ♥ ♥

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: FYB

ISBN: 978-84-16968-77-0

Depósito legal: M-18973-2019

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Buscón de Vierge

Francisco de Quevedo

Ilustraciones de Daniel Urrabieta Vierge

*Puesto en castellano moderno íntegra y fielmente,
con introducción y notas, por Arturo Echavarren*





Índice

| | |
|--|----|
| <i>Prólogo</i> / Las dos manos de Vierge | II |
| <i>Introducción</i> / Un <i>Buscón</i> modernizado | 19 |

| | |
|---|----|
| HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN, LLAMADO DON PABLOS, EJEMPLO DE VAGABUNDOS Y ESPEJO DE TACAÑOS | 37 |
|---|----|

| | |
|-----------|----|
| Al lector | 39 |
|-----------|----|

| | |
|---------------|----|
| LIBRO PRIMERO | 41 |
|---------------|----|

| | |
|------------------|--|
| Capítulo Primero | |
|------------------|--|

| | |
|---|----|
| En que cuenta quién es el <i>Buscón</i> | 43 |
|---|----|

| | |
|-------------|--|
| Capítulo II | |
|-------------|--|

| | |
|---|----|
| De cómo fue a la escuela y lo que en ella se sucedió | 51 |
|---|----|

| | |
|--------------|--|
| Capítulo III | |
|--------------|--|

| | |
|---|----|
| De cómo fue a la casa de un tutor como criado de don Diego Coronel | 63 |
|---|----|

| | |
|-------------|--|
| Capítulo IV | |
|-------------|--|

| | |
|--|----|
| De la convalecencia y la ida a estudiar a Alcalá de Henares | 81 |
|--|----|

| | |
|------------|--|
| Capítulo V | |
|------------|--|

| | |
|--|----|
| De la entrada de Alcalá, patente y burlas que le hicieron por nuevo | 97 |
|--|----|

| | |
|-------------|--|
| Capítulo VI | |
|-------------|--|

| | |
|--|-----|
| De las crueldades del ama y las travesuras que hizo | 111 |
|--|-----|



| | |
|--|-----|
| Capítulo VII | |
| De la ida de don Diego y nuevas de la muerte de su padre y madre y la resolución que tomó en sus cosas para adelante | 133 |

LIBRO SEGUNDO 139

Capítulo Primero

| | |
|---|-----|
| Del camino de Alcalá para Segovia y de lo que sucedió en él hasta Rejas, donde durmió aquella noche | 141 |
|---|-----|

Capítulo II

| | |
|--|-----|
| De lo que le sucedió hasta llegar a Madrid con un poeta | 153 |
|--|-----|

Capítulo III

| | |
|---|-----|
| De lo que hizo en Madrid y lo que le sucedió hasta llegar a Cercedilla, donde durmió | 161 |
|---|-----|

Capítulo IV

| | |
|--|-----|
| Del hospedaje de su tío y visitas, la cobranza de su hacienda y vuelta a la corte | 183 |
|--|-----|

Capítulo V

| | |
|--|-----|
| De su huida y los sucesos en ella hasta la corte | 197 |
|--|-----|

Capítulo VI

| | |
|---|-----|
| En que prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres | 205 |
|---|-----|

LIBRO TERCERO 215

Capítulo Primero

| | |
|--|-----|
| De lo que le sucedió en la corte desde que llegó hasta que amaneció | 217 |
|--|-----|





| | |
|---|-----|
| Capítulo II | |
| En que prosigue la materia comenzada y cuenta algunos raros sucesos | 225 |
| Capítulo III | |
| En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel | 247 |
| Capítulo IV | |
| En que trata los sucesos de la cárcel, hasta salir la vieja azotada, los compañeros a la vergüenza y él bajo fianza | 255 |
| Capítulo V | |
| De cómo tomó alojamiento y la desgracia que le sucedió en él | 269 |
| Capítulo VI | |
| Prosigue el cuento, con otros varios sucesos | 279 |
| Capítulo VII | |
| En que se prosigue lo mismo, con otros sucesos y desgracias que le sucedieron | 291 |
| Capítulo VIII | |
| De su cura y otros sucesos peregrinos | 309 |
| Capítulo IX | |
| En que se hace comediante, poeta y galán de monjas | 323 |
| Capítulo X | |
| De lo que le sucedió en Sevilla hasta embarcarse a las Indias | 341 |

Prólogo

Las dos manos de Vierge

LA OBSESIÓN española por mirar puertas afuera antes de atender a lo que hay en casa ha permitido que uno de los grandes ilustradores del siglo XIX, Daniel Urrabieta Vierge (Madrid, 1851 - París, 1904), sea prácticamente desconocido para el gran público. Y eso pese a que la mayor parte de su producción la realizó para Francia e Inglaterra, incluidos sus dos proyectos más ambiciosos, *El Quijote* y *El Buscón*.

Vierge ilustró muchos libros de Victor Hugo, que admiraba el trazo del artista español; es autor de uno de los dibujos de la edición de *L'Assommoir* de Émile Zola publicada en 1878, en la que también participó Auguste Renoir; y en 1880, nada más regresar de una visita por España, en donde llegó hasta Santiago de Compostela, realizó una de las imágenes de la gran edición francesa de *Histoires extraordinaires*, de Edgar Allan

Poe, que con traducción de Charles Baudelaire fue publicada por A. Quantin en 1884.

Los editores de mayor prestigio y los autores más célebres se lo disputaban, pero él había puesto su interés en culminar dos ambiciones: ilustrar *El Quijote* de Miguel de Cervantes y *El Buscón* de Francisco de Quevedo.



Recién llegado de España en 1880, donde acumuló cientos de bocetos de personajes sacados de su experiencia viajera, se puso a trabajar en *Histoire de Pablo de Ségovie*, título francés de *El Buscón*. No se dedicó a otra tarea hasta finales de febrero de 1881. El 27 de ese mes participó en la manifestación homenaje a su amigo Victor Hugo, quien el día anterior había cumplido 79 años. Bajo un intenso frío, desde una ventana del primer piso Hugo saludaba

a los más de 600.000 manifestantes que profesaban su admiración al maestro, mientras Vierge, aterido por la temperatura gélida, no paraba de tomar del natural bocetos y apuntes del acontecimiento.

Al día siguiente se sintió tan cansado por el esfuerzo que no salió de casa, y el martes 29 su mujer, Clara, advirtió que Daniel había sufrido una hemiplejía que le paralizaba el lado

derecho del cuerpo y lo había dejado sin habla. Un artista diestro perdía de ese modo su principal herramienta de trabajo: la mano derecha.



Los noventa dibujos de *Histoire de Pablo de Ségovie*¹ que había realizado hasta entonces fueron publicadas en 1882 por el editor Léon Bonhoure, quien lamentaba en nota de cubierta la desagradable circunstancia que afectaba a Urrabieta Vierge, lo que le obligaba a dar a la imprenta los últimos cuatro capítulos del libro sin ilustrar.

Dicen que la primera palabra que Vierge logró pronunciar al cabo de los meses fue «paciencia». Clara decidió apartarlo

¹ Parte de esos noventa dibujos ilustran este prólogo y la *Introducción* que le sigue, firmada por el responsable de esta edición, Arturo Echavarrén.

de la insalubre París y alquiló una casa en Meudon, un pueblecito rodeado de bosques a las afueras de la capital francesa, a orillas del Sena, residencia habitual de artistas y músicos.

Allí, Daniel Urrabieta Vierge empezó a ejercitar su mano izquierda. Primero copiando su propia firma y luego rememorando algunas de sus obras, alentado siempre por su amigo

Manuel Rico, que le visitaba con frecuencia para cantarle a la guitarra canciones españolas que reavivasen su memoria. El 27 de enero de 1883, el día que murió Gustave Doré, publicó su primer dibujo tras la hemiplejía, una alegoría poética que



reprodujo *Le Monde Illustré*. Pasaron otros dos años hasta que consiguió con la mano zurda la misma pericia que mostrara con la derecha. A principios de 1884, cuando los progresos de su mejoría resultaban evidentes y comenzaba a recuperar el habla, Clara, la compañera que le había cuidado en la enfermedad, murió repentinamente de un ataque al corazón.

Gustave Dumontier, su vecino de Meudon, le ayudó a superar ese momento tan difícil, obligándole a dar largos paseos en su compañía por los bosques cercanos al pueblo. En uno de ellos, en 1885, conoció a Marie Boucher, joven casada y madre de un hijo, con la que estableció una estrecha amistad.

En 1885 Boucher enviuda y Urrabieta Vierge se casa con ella. El matrimonio se traslada a la calle Alesia de París. Él reanuda su actividad como ilustrador, viaja a Londres y de nuevo a España, y en 1885 recibe la visita del artista americano Joseph Pennell, a quien acompaña su esposa, Elizabeth Robins, y el editor británico Thomas Fisher Unwin, que deseaban encar- gar a Urrabieta Vierge que completase las ilustraciones de *El Buscón* que le faltaban a la edición de Bonhoure.

Presentó los originales de ese trabajo en la Exposición Universal de París celebrada en 1889 a la sombra de la recién levantada Torre Eiffel. Tan grande fue el éxito que le concedieron una medalla de oro por su trabajo *Pablo de Segovia*.



La segunda edición del libro apareció en Londres en marzo de 1892 bajo el título *Pablo de Segovia: The Spanish Sharp- per*, publicada por la editorial Unwin Brothers. Contiene ciento diecinueve ilustraciones, veintiocho de ellas nuevas y realiza- das con la manzo izquierda, aunque realmente retocó o revisó con la zurda la mayoría de los dibujos de la edición primera.

Los originales se expusieron en el Barnard's Inn Hall lon- dinense coincidiendo con la aparición del libro y, pese a las numerosas ofertas que le realizaron, no quiso vender ningun-

na. La edición se abre con un prólogo de Pennell que da paso a un pequeño resumen autobiográfico del propio Urrabieta Vierge:

20 de febrero de 1892

... Nací el 5 de marzo de 1851 y a la edad de tres años comencé a dibujar, lo que al parecer se convirtió en mi único entretenimiento de niño; mi padre veía en mí una gran disposición para el dibujo y me hizo trabajar sin relajo.



Hasta los siete años mi salud fue delicada; por este motivo mis padres dejaron la ciudad, para ir a vivir a una localidad, cerca de Madrid, llamada Pinto, y en la que mientras recuperaba mi salud tomaba apuntes, desde la mañana a la tarde, del natural.

En 1864 ingresé en la escuela de Bellas Artes de Madrid. Tuve como maestros a Federico Madrazo, M. de Hatt, Borglini, etc. En 1865, el 18 de julio, obtuve una calificación estimada como nota excelente. En 1866, el 8 de julio, la misma recompensa; en 1867, el 16 de junio, un diploma de honor. Es en esta época que he ilustrado *Madrid la Nuit*, escrito por Eusebio Blasco; *Los misterios de Roma y del Globo*. En las salas del museo de Madrid, he copiado cantidad de estudios de pinturas según Velázquez y Goya. En 1869 llegué a París con la esperanza de no hacer otra cosa que pintar, pero nada más llegar a esta ciudad estalló la guerra Franco-Alemana.

A causa de este incidente me encontré acaparado por *Le Monde Illustré* y por *La Vie Moderne*. En esta época he ilustrado cantidad de libros, entre otros, *Les Travailleurs de la Mer*, *Année Terrible*, *Notre-Dame de Paris* y otros escritos de Victor Hugo; *La Mosaique*, *Le Musée des Familles*, *Le Magasin Pittoresque*; *El Gran Tacaño* de Quevedo, *Los Cuentos* de Edgar A. Poe y también *L'histoire de France et la Revolution* de Michelet y un gran número de textos. En 1882 fui nombrado comandante de la orden de la Reina de España Isabel la Católica. El 29 de septiembre de 1889 recibí la medalla de Oro de la Exposición Universal de París, y, el 29 de noviembre, del mismo año, mi nombramiento como Caballero de la Legión de Honor...



DANIEL VIERGE

ESTA EDICIÓN de *El Buscón de Vierge* no hubiera sido posible sin la generosa y desinteresada ayuda de Justo y Carmen Fernández, grandes estudiosos de Urrabieta Vierge y coleccionistas de sus obras, que atesoran en su biblioteca varias y diferentes ediciones de *Quijotes* y *Buscones*, entre ellos las *princeps* de *Histoire de Pablo de Ségovie* de Léon Bonhoure, fechada en 1882, y la de *Pablo de Segovia: The Spanish Sharper*, editada

en Londres por Unwin en 1889. De esta última se han tomado las ilustraciones que acompañan al texto de la novela picaresca de Quevedo.

En ambos casos, sus editores tradujeron al francés y al inglés, respectivamente, un texto del Siglo de Oro, publicado por primera vez en 1626. En sus versiones actualizan y aclaran en sus respectivos idiomas la opacidad del conceptismo quevedesco y otros usos del español del siglo XVII que habían quedado oscuros en el XIX.

Parecía, por tanto, misión obligada que la gran obra de Quevedo resultara tan clara al lector de hoy en día como las ilustraciones que la acompañan. Si ya se ha vertido al castellano moderno *El Quijote*, cuya comprensión es más fácil que la de *El Buscón*, había que asumir ese nuevo reto que el filólogo Arturo Echavarren ha resuelto con brillante maestría. Pues lo bueno de leer a los clásicos es, sin duda, entender lo que cuentan.

JESÚS ECIDO

Editor



Introducción

Un *Buscón* modernizado



CUANDO EN 2001, pocos días después del atentado contra las Torres Gemelas, llegué para Creta a disfrutar de una beca predoctoral, no sabía aún griego moderno, por lo que en las primeras semanas de estancia hube de recurrir al griego homérico, que sí conocía, para comunicarme con los habitantes de la isla, pues por un prurito romántico no quería acudir a la lengua inglesa. Cuando pronunciaba aquellas voces arcaicas y legendarias, mis interlocutores me escuchaban con tres cuartas partes de asombro y una parte de guasa, como si me hubiera escapado de algún museo arqueológico o me hubiera hecho con la máquina del tiempo de H. G. Wells. Aunque en ocasiones lograba hacerme entender, con notable satisfacción para mí y para el farmacéutico cretense que por fin entendió que lo que yo quería comprar era agua oxigenada, la

distancia de más de dos mil setecientos años que media entre uno y otro sistema lingüístico suponía una brecha casi insuperable para la comunicación.

La lengua de Quevedo, por fortuna, está mucho más próxima a nosotros que la lengua homérica a los modernos grie-

gos; después de todo, solo han pasado cuatrocientos años. Pero, dado que toda lengua es un objeto histórico sujeto a la propia historicidad del ser humano, los cuatro siglos que han pasado por encima de todas las palabras y todos los sombreros han producido cambios fonéticos, morfológicos, léxicos, semánticos y sintácticos sin cuento. De la envergadura de estas transformaciones da testimonio el hecho de

que cualquier texto del Siglo de Oro requiere un aparato de notas más o menos amplio para que el receptor contemporáneo lo interprete con la mayor nitidez posible.

Por ello, quien lea el *Buscón* se verá forzado, mal que le pese, a buscar con la mirada la nota a pie de página que le hará notar que «huésped» en el Siglo de Oro apunta no solo al hospedado, sino al hospedador; que «correrse» tiene el sen-





tido de ‘avergonzarse’ o ‘afrentarse’; y que «razones» en numerosas ocasiones significa sencillamente ‘palabras’.

El empleo de los tiempos verbales en esta novela, especialmente los del modo subjuntivo, supone en ocasiones un escollo para el lector moderno, al igual que la posposición del pronombre personal al verbo, el hipérbaton, la concurrencia de zeugmas, el empleo de «que» con valor causal o final, la sufijación expresiva, la acumulación de oraciones de gerundio y, en menor grado, la pujanza de la parataxis en detrimento de la hipotaxis.

A todos estos rasgos que, en mayor o menor medida, corresponden al estado de la lengua en el siglo XVII, hay que sumar el conceptismo de Quevedo, más precisamente el conceptismo burlesco, que contribuye notablemente a que para cualquier lector su prosa resulte mucho más complicada que, por ejemplo,

la de Cervantes¹. El conceptismo quevediano consiste en un abigarrado y asombroso florecimiento de los más variados juegos mentales y verbales con fines generalmente cómicos. Destaca

la función de la metáfora y la comparación, que implican asociaciones sorprendentes, así como la dilogía en diversos grados de desarrollo, la hipérbole extravagante, la alusión chistosa y la animalización o cosificación de personajes secundarios, con resultados grotescos. Gran parte de los símiles y metáforas incorpora alusiones satíricas, para cuya correcta decodificación es preciso a menudo conocer el lenguaje de germanía de la época, poco diáfano para el lector moderno. Baste mencionar el caso de «gato», que, además de su sentido recto, significa 'ladrón', sentido este ya perdido en nuestro siglo.

Por todo ello, se ofrece aquí una versión modernizada del *Buscón*, cuyos criterios de elaboración son variados y de compleja exposición, por

lo que no incidiré en ello más de lo necesario. El objetivo era elaborar una versión del *Buscón* que, respetando el *modus scribendi* del autor, pudiera leer sin tropiezos y de forma fluida cualquier lector poco familiarizado con la prosa aurisecular. He



¹ Testimonio palpable de la dificultad del *Buscón* es que las ediciones modernas de esta obra frisan las mil notas a pie de página.

apelado tanto al oído como al instinto en todo el proceso, procurando discernir qué puede resultar opaco y qué precisa de renovación. La operación ha requerido mucho tiento, como quien de un castillo de naipes sustrae algunas cartas con el índice y el pulgar sin que se le venga todo abajo, pues al afán de producir una versión fácilmente inteligible para los lectores



del siglo XXI se sumaba —y, en ocasiones, se oponía— el deseo vehemente de no abaratar en modo alguno la prosa magistral de Quevedo. Tres han sido los interrogantes que han orientado esta labor renovadora: qué remozar, qué no remozar y cómo remozar lo llamado a remozarse. Siempre que he podido, he recurrido a la sustitución de un término o locución en desuso por un vocablo o sintagma empleado por el propio Quevedo en otro lugar, cuyo significado se me antojaba más transparente para los lectores de hoy. Cuando esto no ha sido posible, he

procurado emplear un término que no disonaría en exceso en un texto de nuestro pasado literario. Para algunos refranes, expresiones lexicalizadas e interjecciones más bien herméticas he buscado equivalencias fácilmente comprensibles o he tanteado reconstrucciones aproximadas. He vertido palabras desusadas en moldes nuevos, pero he dejado algunas que remiten a la realidad palpable del momento, como «herreruelo», «gregüescos» o «rodela», que he juzgado inseparables del entramado textual. A menudo he recurrido a perífrasis para expresar el sentido de una expresión, con el fin de apurar la significación del pasaje. Aquellos juegos de ingenio, alusiones chistosas, agudezas y retruécanos que, por desgracia, resultaban poco transparentes han sido sustituidos por construcciones más o menos coincidentes, en las que he tratado de conservar la jocosidad del original. En ocasiones, una misma palabra ha sido vertida de manera diferente en su aparición en distintos pasajes, pues así me lo pedía el contexto lingüístico en que se inscribía, teniendo en cuenta no solo lo semántico, sino también la eufonía de la frase.



ten a la realidad palpable del momento, como «herreruelo», «gregüescos» o «rodela», que he juzgado inseparables del entramado textual. A menudo he recurrido a perífrasis para expresar el sentido de una expresión, con el fin de apurar la significación del pasaje. Aquellos juegos de ingenio, alusiones chistosas, agudezas y retruécanos que, por desgracia, resultaban poco transparentes han sido sustituidos por construcciones más o menos coincidentes, en las que he tratado de conservar la jocosidad del original. En ocasiones, una misma palabra ha sido vertida de manera diferente en su aparición en distintos pasajes, pues así me lo pedía el contexto lingüístico en que se inscribía, teniendo en cuenta no solo lo semántico, sino también la eufonía de la frase.

Es ocioso señalar, aunque lo haré de todos modos, que esta edición no pretende reemplazar la obra original, sino que se concibe como un instrumento propedéutico, un vado para esguazar el curso «de aguas verdes y profundas, de espuma negra» que, evocando el símil de Neruda, constituye la escritura quevediana². Ocúpese el lector de visitar la novela en su estado prístino y, con un pequeño esfuerzo de lectura, quedará deslumbrado por la prosa quevediana, cuyo esplendor he tratado de conservar en la presente edición, en la medida de mis capacidades. Encontraré —espero— quien se asome a estas páginas la voz inconfundible de uno de los mayores escritores de todos los tiempos.



VIDA DE UN PÍCARO

Esta novela constituye el relato del segmento inicial de la vida del pícaro Pablos de Segovia, desde su asendereada infancia en esta ciudad hasta su conversión en matón en Sevilla, que culmina con su proyecto de mudar «mundo y tierra» y mejorar su suerte en las Indias. Entre estos dos hitos se articula

² Neruda, P. (1993). *Confieso que he vivido. Memorias*. Barcelona: Seix Barral, p. 166.

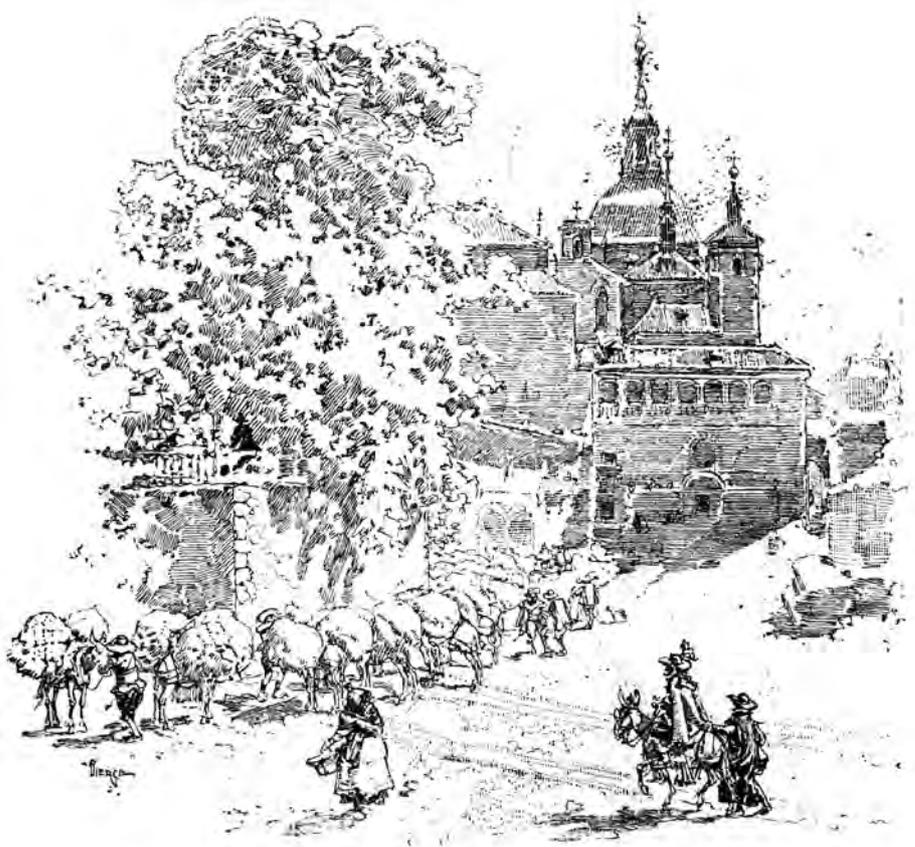
una serie dinámica de aventuras que resultan en su mayor parte calamitosas para el protagonista, cuya búsqueda de promoción social y económica se ve continuamente frustrada.



La novela, cuya perfecta disposición estructural ha sido subrayada por numerosos especialistas, se organiza en tres libros³. El primero de ellos, en el que se nos presenta el origen y la familia de Pablos, se vertebra narrativamente en torno a la educación del protagonista, que tiene lugar en Segovia, primero en la escuela y después en el pupilaje del dómene Cabra, y en Alcalá, como criado de don Diego Coronel. Allí, a fuerza de aprietos y adversidades, por un impulso natural de supervivencia, el ingenuo deja paso al pícaro malicioso. La noticia del ajusticiamiento de sus padres, con la que se cierra esta primera parte, espolea a Pablos a dar por concluida para siempre su vida estudiantil.

El segundo libro tiene como núcleo la reunión de Pablos con su tío verdugo, que es custodio de la herencia paterna. Este encuentro es crucial en el devenir de la novela, pues el protagonista rechaza para siempre su linaje e inaugura una nueva etapa vital que se caracteriza por la búsqueda afanosa de un encumbramiento social, que, precisamente por preten-

³ Véanse, por ejemplo, los estudios clásicos de Talens, J. (1975). «La vida del Buscón, novela policiaca», en *Novela picaresca y práctica de la transgresión*. Madrid, Júcar, y Díaz Migo-yo, G. (1978). *Estructura de la novela. Anatomía del Buscón*. Madrid, Fundamentos.



derse por vías ilícitas, se aboca al desastre. En el marco de sus viajes de Alcalá a Madrid y Segovia y desde allí de nuevo a Madrid, se hilvanan numerosas aventuras de escasa trascendencia en las que se pone ante nuestros ojos una galería de personajes disparatados: un arbitrista, un esgrimista científico, un sacristán poeta, un ermitaño hipócrita, un genovés y un caballero fraudulento que introduce a Pablos en la corte.

El libro tercero se articula en torno a las peripecias del protagonista como noble postizo, el cual, cuando está a punto de lograr el goce de sus ambiciones, es a la postre desmascarado y se ve arrojado de una vez por todas del mundo de la nobleza, en un descenso imparabale hacia la marginalidad. Su huida a las Indias se intuye baladí, como el propio Pablos confiesa en las últimas líneas de la novela: «Y fue me peor, como vuestra merced verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres».

EL *BUSCÓN*, NOVELA PICARESCA

Aunque numerosos críticos han venido debatiendo la identidad genérica del *Buscón*, generalmente se señala su adscripción a la novela picaresca, cuyos máximos exponentes son el *Lazarillo de Tormes*, el *Guzmán de Alfarache* y la propia novela de Quevedo.

Se ha llamado la atención sobre un rasgo de carácter del protagonista de nuestra novela que lo diferencia notablemente del pícaro de la obra fundacional del género y es la simplicidad. Si Lázaro de Tormes evoluciona a medida que avanza la novela y al final de esta es un personaje mucho más complejo, en el comportamiento del pícaro Pablos no se aprecia una evolución íntima, razón por la cual nunca logra medrar de manera determinante en la sociedad, mudando de estado. Por ello mismo, el protagonista del *Buscón* representa el arquetipo puro del pícaro, abocado a hollar caminos de herradura que no con-

ducen a ninguna parte y encastillado en sus cualidades instintivas; Pablos no trasciende los límites de su delineación primitiva y, si lo hace, el cambio es meramente externo y, por tanto, inconsecuente. Se trata, en suma, de un personaje tipificado, como lo son también el arbitrista disparatado, el espadachín matemático, el mal poeta, el verdugo venal, el escribano alevoso o los jaques sevillanos. No encontramos en esta novela una voluntad de realismo, ni pueblan sus páginas sujetos caracterizados por una complejidad trascendente. Se trata más bien de personajes arquetípicos cuya individualidad no es pertinente y cuyas características más reprensibles, miserables y ridículas expone Quevedo apelando al mecanismo deformador de la sátira, cuajando lo que Domingo Ynduráin llamaba «un descoyuntamiento de la realidad»⁴.



Si las diferencias entre el *Lazarillo de Tormes* y el *Buscón* son más que notables, también lo son las que separan a esta novela del *Guzmán de Alfarache*. Frente al *Guzmán*, que presenta un relato de signo sermonario, jalonado de digresiones

⁴ Quevedo, F. de (1980). *El Buscón*. Ed. D. Ynduráin. Madrid, Cátedra, p. 94.

moralizantes, el *Buscón* se alza como un muestrario espléndido de juegos de ingenio, malabarismos verbales y caricaturizaciones dinámicas. Respecto de la sólida trabazón del *Guzmán de Alfarache*, apoyada en un punto de vista coherente que describe con detalles precisos y minuciosamente articulados el proceso evolutivo del pícaro, la diferencia es más



que notable, ya que Quevedo ofrece una sarta de episodios independientes en los que desgana diversos motivos burlescos y satíricos.

Con todo, aunque el *Buscón* presenta un tratamiento particular del discurso picaresco, que lo distingue en gran medida de los relatos anteriores, no cabe duda de que su autor articula esta novela con una sólida conciencia genérica, estableciendo un evidente diálogo intertextual con el esquema picaresco acotado por sus precedentes; se acoge la técnica autobiográfica y la ficción epistolar, se subraya la infamia de la familia del protagonista, se trata el tema de la honra, se sondea el ámbito social de lo marginal y se selecciona como hilo conductor de la trama el ingenio, única herramienta al alcance del pícaro para salir airoso en un ambiente marcadamente hostil.

NOTICIA TEXTUAL

Se ha venido afirmando que el *Buscón*, que Quevedo compuso posiblemente en Valladolid, gozó de una notable difusión manuscrita antes de su impresión, pero, ya que no han sobrevivido vestigios de ello, poco podemos decir al respecto. Lo que sí podemos señalar es que la edición príncipe del *Buscón* se publicó en Zaragoza en 1626, en la imprenta de Pedro Vergés, a costa del librero Roberto Duport, con el título *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos, ejemplo de Vagamundos y espejo de Tacaños*. El asunto de la participación de Quevedo en esta edición es aún largamente debatido; una par-

te de la crítica supone que la edición se elaboró sin intervención de su autor, cuyo texto fue tal vez retocado por el propio Duport o por otra persona a la que este habría encomendado la tarea. Otros estudiosos defienden la intervención de Quedo en la edición, que pudo haber entregado el manuscrito de la novela al citado librero cuando en 1626 pasó por Zaragoza

de camino a Monzón con la comitiva real. Fuera como fuese, esta versión fue la base de la espléndida edición de Fernando Lázaro Carreter (1965), que se hizo canónica desde su publicación.

En cuanto a la tradición manuscrita de la novela, tres son los principales testimonios que descuellan: el manuscrito *B*, que perteneció al bibliotecario José Bueno y se conserva en el

Museo Lázaro Galdiano de Madrid, los manuscritos de la Biblioteca Menéndez Pelayo (*S*) y la copia del códice catedralicio de Córdoba (*C*). Aunque en los últimos tiempos se ha venido reivindicando el manuscrito *S*, que Alfonso Rey considera la versión más antigua, la crítica ha concedido una importancia fundamental al manuscrito *B*, sobre el cual han levantado sus respectivas ediciones Cros (1998), Jauralde (1990), García Valdés (1991), y Arellano (1997). Esta versión presenta numerosas diferencias frente a la edi-



ción príncipe, que podemos agrupar bajo el signo de la ampliación. Esta se da en forma de modificaciones de toda laya, especialmente llamativas en la descripción de numerosos personajes, a los que tiende a representar con más detalles. Así sucede, por ejemplo, con el ama de Alcalá, el soldado que se encuentra el protagonista en el puerto de Fuenfría, el tío de Pablos, la vejezuela y el caballero estantigua del libro III, etc.



No es este el lugar para analizar por menudo los problemas textuales de la novela, por lo que remito al lector a los rigurosos estudios de Pablo Jauralde y Alfonso Rey sobre este particular⁵. Baste con apuntar que, si Lázaro Carreter suponía que la novela había pasado por dos redacciones, una primitiva, representada en el manuscrito *B*, y otra remozada, que sirvió de base a la edición

⁵ Véase Jauralde, P. (1987-88). «¿Redactó Quevedo dos veces el *Buscón*?», *Revista de Filología románica*, 5, pp. 101-111; (1988). «El texto de *El Buscón* de Quevedo», *Dicenda*, 7, pp. 83-103; (1991). «El texto perdido de *El Buscón*», en I. Arellano y J. Cañedo (eds.), *Crítica textual y anotación filológica en obras del Siglo de Oro*. Madrid, Castalia, pp. 293-300; Rey, A. (2006). «Quevedo, Duport y la edición del *Buscón*», en D. Fernández López et al. (coords.), *Campus Stellae: haciendo camino en la investigación literaria*, Universidad de Santiago de Compostela, vol. 1, pp. 70-81; (2007). «Quevedo y las revisiones del *Buscón*», *Sociocriticism*, 22, pp. 119-152.

príncipe, Jauralde defiende que únicamente existe una redacción de la novela de mano de Quevedo, representada en el manuscrito *B*, por lo que es esta versión y no otra la que debe servir de base para cualquier edición. Recientemente, en su

edición crítica de las cuatro versiones, Alfonso Rey (2007), arguyó que la obra conoció no ya dos redacciones por parte de Quevedo, como quería Lázaro, sino cuatro, que ordena cronológicamente: *S*, *C*, *Z* (la edición príncipe) y *B*. Dado que el manuscrito *B* presenta una mayor riqueza en la descripción de varios personajes secundarios, Rey subraya que esto tal vez arguye en favor de su condición de versión final.

Teniendo en cuenta, por tanto, el estado más reciente de la cuestión crítica, adopto el texto del

manuscrito *B* como base de la presente edición. Dado que esta no es una edición filológica al uso, pues se ofrece una versión modernizada del texto, he empleado en ocasiones lecturas de la edición príncipe, en los casos en los que las del manuscrito resultaban más ininteligibles para el lector moderno.

La datación del *Buscón*, por otra parte, es un asunto ciertamente controvertido. Los términos *ante quem* y *post quem*



de su redacción son, respectivamente, el año 1603, fecha del ajusticiamiento de Alonso Álvarez de Soria, alias el Tuerto, cuya muerte se menciona en el libro III de la novela, y el año 1626, fecha de la publicación de la edición príncipe en las prensas de Pedro Vergés. Con todo, dada la particular abundancia de detalles que remiten a los años 1603-1604, Lázaro Carreter situó la fecha de redacción de la novela en torno a estos años.

Incluyo en esta edición un prólogo al lector, presente en los preliminares de la edición príncipe del *Buscón*, probablemente compuesto por Quevedo, como subrayan numerosos estudiosos⁶, aunque Lázaro Carreter atribuía su autoría al editor Roberto Duport.



⁶ Véase, por ejemplo, el estudio de María José Tobar (2011). «La autoría quevediana del prólogo Al lector del *Buscón*», *La perinola*, 15, pp. 333-345.

Historia de la **V**ida del **B**uscón,
Llamado **D**on **P**ablos,
Ejemplo de **V**agabundos y **E**spejo de **T**acaños



Al lector



QUÉ DESEOSO te considero, lector u oidor —que los ciegos no pueden leer—, de registrar lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona. Aquí hallarás en todo género de picardía —de que pienso que los más gustan— sutilezas, engaños, invenciones y modos, nacidos del ocio, para vivir del cuento y no poco fruto podrás sacar de él si tienes atención al escarmiento. Y, en el caso de que no lo hagas, aprovéchate de las reprensiones, que dudo que nadie compre un libro de burlas para apartarse de los estímulos de su natural depravado. Sea, no obstante, lo que quisieres. Dale aplauso, que bien lo merece. Y, cuando te rías de sus chistes, alaba el ingenio de quien sabe que tiene más deleite conocer vidas de píca-

ros, descritas con gallardía, que otras invenciones de mayor ponderación. Su autor ya sabes quién es. El precio del libro no lo ignoras, pues ya lo tienes en tu casa, si no es que en la del librero lo hojeas, cosa pesada para él y que se tendría que prohibir con mucho rigor, pues hay gorriones de libros como de almuerzos y hay quien saca cuento leyendo a pedazos y en diversas veces y luego lo zurce. Y es gran lástima que tal se haga, porque este murmura sin costarle dineros, poltronería bastarda y miseria no hallada del Caballero de la Tenaza⁷. Dios te guarde de mal libro, de alguaciles y de mujer rubia, pedigüeña y carirredonda.

⁷ Personaje de tacañería proverbial, protagonista de las *Cartas del caballero de la Tenaza*, obra juvenil de Quevedo.

Libro P^{rimero}



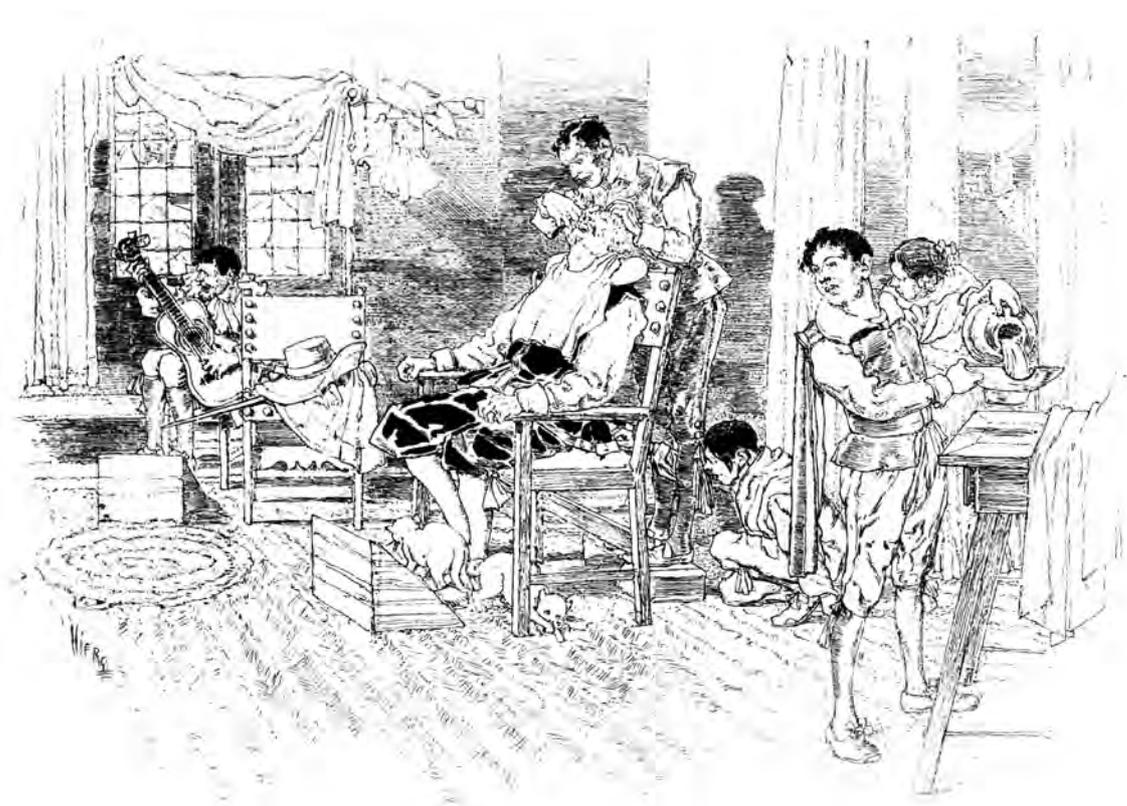
CAPÍTULO PRIMERO

En que cuenta quién es el Buscón



YO, SEÑORA, soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo; Dios le tenga en el cielo. Fue, tal como todos dicen, de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos que se avergonzaba de que lo llamasen así, diciendo que era jardinero de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa y, tal como bebía, es cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Se sospechaba en el pueblo que no era cristiana vieja, aun viéndola con canas y estropeada, aunque ella, por los

nombres y sobrenombres de sus antepasados, quiso aparentar que era descendiente de la gloria. Tuvo belleza suma. Era mujer de amigas y cuadrilla y de pocos enemigos, porque incluso los del alma no los tuvo por tales. Era persona de valor y todos conocían cuánto valía. Padeció grandes penalidades recién casada y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre, juntando índice y pulgar, metía en los bolsillos el dos de bastos para sacar el as de oros. Se probó que a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con el



agua, levantándoles la cara para el lavatorio, mi hermanico de siete años les sacaba sin estorbo las monedas de la bolsa. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Lo sintió mucho mi madre, porque robaba a todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso y los rigores de justicia, de los cuales ningún hombre se puede defender, lo sacaron por las calles⁸. En lo que toca de cintura para abajo le trataron aquellos señores regaladamente. Iba sentado en bestia segura y de buen paso, con mesura y buen día. Mas de cintura para arriba, etcétera, que no hay más que decir para quien sabe lo que hace un verdugo en unas costillas. Le dieron doscientos azotes, que al cabo de seis años se le seguían viendo por encima de la ropilla⁹. Más se movía el que se los daba que él, cosa que fue muy celebrada; se divirtió algo con las alabanzas que iba oyendo de sus buenas carnes, que le favorecía mucho lo colorado.

¡Y qué de calamidades sufrió mi madre! Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado que hechizaba a cuantos la trataban. Y decía, no sin sentimiento:

—En su tiempo, hijo, eran los virgos como soles, unos amanecidos y otros puestos y la mayor

⁸ Se sacaba a los reos a la vergüenza pública, paseándolos por las calles a lomos de un burro, mientras eran azotados y un pregonero iba voceando sus delitos. En el siguiente capítulo se alude a que la madre de Pablos sufrió el mismo castigo.

⁹ La ropilla es la vestimenta corta que se ponía encima del jubón.

¹⁰ La madre de Pablos,
además de hechicera,
repara virgos rotos,
haciendo pasar por
doncellas a aquellas que
ya no lo son.

parte de ellos en un mismo día amanecidos y puestos¹⁰.

Hubo fama que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos encubriendo canas y engordaba piernas con pantorrillas postizas. Y, aunque tenía tratos con gente de medio pelo, de pelo entero los volvía, porque hacía cabelleras; poblaba mandíbulas con dientes; en fin, vivía de adornar hombres y remendar cuerpos. Unos la llamaban zurcidora de gustos, otros, curandera de voluntades desconcertadas; otros, juntadora; unos la llamaban enflautadora de miembros y otras tejedora de carnes y, por mal nombre, alcahueta. Para unos era tercera de amores, primera para otros y a unos y a otros sacaba los cuartos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos era para dar mil gracias a Dios.

Hubo grandes desacuerdos entre mis padres sobre a quién debía imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro. Me decía mi padre:

—Hijo, esto de ser ladrón no es un arte manual, sino liberal.

Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía juntando las manos:

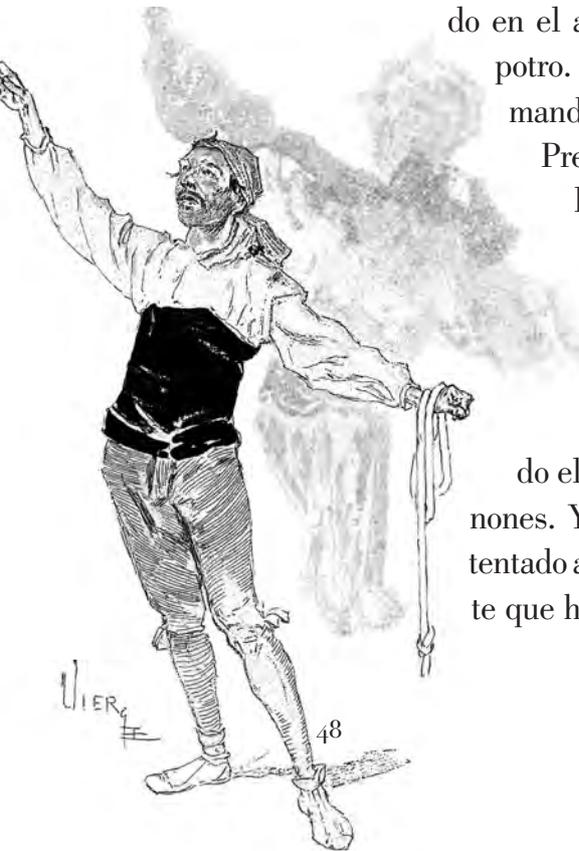


—Quien no hurta en el mundo no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan. No lo puedo decir sin lágrimas (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habían sacudido las costillas). Porque no querrían que donde están hubiese otros ladrones salvo ellos y sus ministros. Pero de todo nos libró la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba por las iglesias y por buen cristiano¹¹. Muchas veces me hubieran llorado

¹¹ Los delincuentes se refugiaban en las iglesias, apelando al derecho de asilo, para escapar de la justicia.

en el asno si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé, sino cuando lo mandaba la santa madre Iglesia.

Preso estuve por afanar dinero en los caminos y a punto de que me estrujaran el gazonate y de acabar todos mis negocios con dieciséis maravedís: diez de sogá y seis de cáñamo. Mas de todo me ha sacado el punto en boca, el chitón y los nones. Y con esto y mi oficio he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido.





—¿Cómo a mí sustentado? —dijo ella con grande cólera—. Yo os he sustentado a vos y sacado de las cárceles con triquiñuelas y mantenido en ellas con dinero. Si no confesabais, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? ¡Gracias a mis pócimas! Y, si no temiera que me oigan en la calle, yo diría lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado.

Puse paz entre ellos diciendo que yo quería aprender virtud resueltamente e ir con mis buenos

pensamientos adelante y que para esto me llevarsen a la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Les pareció bien lo que decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre se entró adentro y mi padre fue a reparar a uno (así lo dijo él) no sé si la barba o la bolsa; lo corriente era lo uno y lo otro. Yo me quedé solo, dando gracias a Dios por hacerme hijo de padres tan empeñados en mi bien.



CAPÍTULO II

De cómo fue a la escuela y lo que en ella se sucedió

AL DÍA SIGUIENTE ya estaba comprada la cartilla y hablado el maestro. Fui, señora, a la escuela; me recibió muy alegre, diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo, con esto, por no desmentirle, recité muy bien la lección aquella mañana. Me sentaba el maestro junto a sí, llegaba casi todos los días el primero y me iba el último por hacer algunos recados a la señora, que así llamábamos a la mujer del maestro. Los tenía a todos con semejantes amabilidades obligados; me favorecían demasiado y con esto creció la envidia en los demás niños. Yo solo me allegaba a los hijos de caballeros y personas principales y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Me iba a su casa a jugar los días de fiesta y le acompaña-

ba cada día. Los otros, ya fuera porque no les hablaba o porque les parecía demasiado orgullo el mío, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros, don Sangría; uno decía, por disculpar la envidia, que me quería mal porque mi madre, como bruja, le había chupado la sangre a dos hermanitas pequeñas de noche. Otro decía que a mi padre le habían llevado a casa para que la limpiase de ratones (por llamarle «gato», que es lo mismo que «ladrón»). Unos me decían «miau» cuando pasaba y otros hacían el «miz, miz». Había otro que decía:

—Yo le tiré dos berenjenas a su madre cuando iba sobre el asno.

Al fin, con todo cuanto andaban insinuando, nunca me faltaron a las claras, gloria a Dios. Y, aunque yo sentía vergüenza, disimulaba. Todo lo aguantaba, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces «hijo de una puta y hechicera» y así, como me lo dijo tan claro, que si lo hubiera dicho turbio me habría hecho el desentendido, agarré una piedra y lo descalabré. Me fui a mi madre corriendo para que me escondiese. Le conté el caso. Me dijo:

—Muy bien hiciste. Bien muestras quién eres. Solo anduviste equivocado en no preguntarle quién se lo dijo.

Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, me volví a ella y le rogué que me asegurase si podía desmentirlo con la verdad o que me dijese si me había concebido a escote entre muchos o si era hijo de mi padre. Se rio y me dijo:

—¡Ah, truhan! ¿Eso sabes decir? No serás bobo; gracia tienes. Muy bien hiciste en quebrarle la cabeza, que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir.

Yo con esto me quedé como muerto, dándome por nacido bajo el signo de Tauro, y me resolví a coger lo que pudiese en breves días y salirme de casa de mi padre. Tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé, fue mi padre a curar al muchacho, lo apaciguó y me devolvió a la escuela, donde el maestro me recibió con ira hasta que, oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien, como era natural, pues yo trocaba con él las peonzas si eran mejores las mías,

le daba de lo que almorzaba y no le pedía de lo que él comía, le compraba estampas, le enseñaba a luchar, jugaba con él al toro y le entretenía siempre. Así que casi todos los días los padres del caballerito, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban a los míos que me dejasen con él a comer y cenar y aun a dormir los más días.

Sucedió, pues, uno de los primeros días que hubo escuela por Navidad, que, viniendo por la calle un hombre que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de judío converso, el don Dieguito me dijo:

—Oye, llámale Poncio Pilato y echa a correr.

Yo, por darle gusto a mi amigo, le llamé Poncio Pilato. Se ofuscó tanto el hombre que echó a correr detrás de mí con un cuchillo desnudo para





matarme, de modo que fue forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro, dando gritos. Entró el hombre detrás de mí y el maestro evitó que me matase, asegurándole que me castigaría. Y así al momento (aunque su mujer le rogó por mí, movida de lo que yo la servía, no fue de provecho) mandó que me bajara las calzas y azotándome decía tras cada azote:

—¿Diréis más Poncio Pilato?

Yo respondía:

—No, señor.

Y lo respondí veinte veces a otros tantos azotes que me dio. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato y con tal miedo que, mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros, llegando al credo (advierta vuestra merced la inocente malicia), al tiempo de decir: «Padebió bajo el poder de Poncio Pilato», dije: «Padebió bajo el poder de Poncio de Aguirre». Le dio al maestro tanta risa al oír mi simplicidad y al ver el miedo que le había cogido que me abrazó y me dio un documento firmado en el que me perdonaba los azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto quedé yo muy contento.

En estas niñerías pasé algún tiempo aprendiendo a leer y escribir. Llegó, para no cansar al lec-

tor, el día de carnaval y, determinando el maestro que se divirtiesen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos¹². Echamos a suertes entre doce señalados por él y me tocó a mí. Avisé a mis padres de que me buscasen galas.

Llegó el día y salí en un caballo chupado y mustio, el cual, más por manco que por galante, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, sin atisbo de cola. El pescuezo, de camello o más largo. Tuerto de un ojo y ciego del otro. De su edad no diremos nada: biznietos tenía en molinos. De su raza nada sé, pero sospecho que era de algún judío, por lo medroso y desdichado. Iban detrás de mí los demás niños, todos disfrazados.

Pasamos por la plaza (incluso al recordarlo tengo miedo) y, llegando cerca de las mesas de las verduras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo y, en un abrir y cerrar de ojos, lo despachó a las tripas, a las cuales, como iba rodando por tan largo gazzate, no llegó en mucho tiempo. La verdulera, que siempre las de este género son desvergonzadas, empezó a dar gritos. Llegaron otras y con ellas pícaros y, cogiendo zanahorias garrafales, nabos rollizos, tronchos y otras legumbres, empiezan a arrojarlas tras el pobre rey. Yo, viendo que

¹² Entretenimiento carnavalesco consistente en que un muchacho, montado a caballo y coronado «rey de gallos», trataba de cortar la cabeza de un gallo colgado.

era batalla nabal y que no se debía hacer a caballo, quise apearme. Pero tal golpe le dieron al caballo en la cara que, yendo a empinarse, caímos los dos sobre un (hablando con perdón) plastón de boñigas. Me puse como vuestra merced se puede imaginar. Ya mis compañeros se habían armado de piedras y las tiraban tras las verduleras y descabalaron a dos.

Yo, a todo esto, después que caí sobre boñigas, era la persona más abonada de la riña. Vino la justicia, comenzó a hacer pesquisas, prendió a verduleras y muchachos, mirando a todos qué armas tenían y quitándoselas, porque algunos habían sacado dagas de las que traían por gala y otros, espadas pequeñas. Llegó a mí y, viendo que no tenía ninguna, porque me las habían quitado y las habían metido en una casa a secar, con la capa y sombrero, me pidió, como digo, las armas, a lo cual respondí, todo sucio, que, si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenía otras. Quiero confesar a vuestra merced que cuando me empezaron a tirar los tronchos, nabos, etcétera, como yo llevaba plumas en el sombrero, entendiendo que me habían confundido con mi madre y que la emprendían con ella como habían hecho otras veces, como necio y



muchacho empecé a decir: «¡Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza de San Pedro, mi madre!», como si ellas no lo advirtieran por el talle y el rostro. El miedo me disculpó tal muestra de ignorancia y el sucederme desgracia tan repentina.

Pero, volviendo al alguacil, me quiso llevar a la cárcel y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme (tan emboñigado iba). Unos se fueron por una parte y otros por otra y yo me vine a mi

casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté a mis padres el suceso y tanto les enojó verme de la manera que venía que me quisieron azotar. Yo echaba la culpa a las dos leguas de rocín exprimido que me dieron. Procuraba apaciguarlos y, viendo que no podía, me salí de su casa y me fui a ver a mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado y a sus padres resueltos por ello de no enviarle más a la escuela. Allí tuve noticias de que mi rocín, viéndose en tales aprietos, se esforzó en tirar dos coces y, por lo flaco que estaba, se le desgajaron dos piernas y se quedó desparramado en el lodo, bien cerca de expirar.

Cuando me vi, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres avergonzados, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, decidí no volver más a la escuela ni a casa de mis padres, sino quedarme a servir a don Diego o, por decirlo mejor, en su compañía y esto con gran gusto de sus padres, por el contento que daba mi amistad al niño. Escribí a mi casa que yo no necesitaba ir más a la escuela porque, aunque no sabía escribir bien, para mi aspiración de ser caballero lo que se requería era escribir mal y que, así, desde ese

momento renunciaba a la escuela para ahorrarles gastos y pesadumbres. Avisé de dónde y cómo quedaba y que, hasta que lo tuvieran a bien, no iría a verlos.

